

Albert Bernard Ackerman (1936-2008)

El Profesor Albert Bernard Ackerman falleció súbitamente en la mañana del 5 de diciembre de 2008 en su departamento de Manhattan, Nueva York, Estados Unidos. Con su desaparición física la dermatología, la patología y la dermatopatología de todo el mundo pierden a una de sus grandes personalidades y sin temor me atrevo a asegurar que Bernard Ackerman ha sido el maestro de la dermatología más importante y de mayor influencia desde que esta disciplina nació, en el último tercio del siglo XVIII.

Bernie, como prefería ser llamado por sus familiares, amigos y alumnos, nació el 22 de noviembre de 1936 en Elizabeth, New Jersey; fue el hijo mayor de un exitoso y acaudalado ortodoncista. Su hermano Jim (a quien consideraba su mejor amigo) y su sobrino Mark son también ortodoncistas que trabajan en Pennsylvania, Estados Unidos.

Ackerman no sólo fue autor de más de 50 libros y de más de 700 artículos que continúan dando la vuelta al mundo, también fue el generoso maestro de cientos de dermatólogos, patólogos y dermatopatólogos de los cinco continentes, entre quienes tengo el orgullo de incluirme. Tuve el privilegio de trabajar con él por dos años, 18 meses en Nueva York y seis meses en Filadelfia. Siempre le estaré agradecido por sus valiosas e incontables enseñanzas y por la generosísima amistad con que me distinguió.

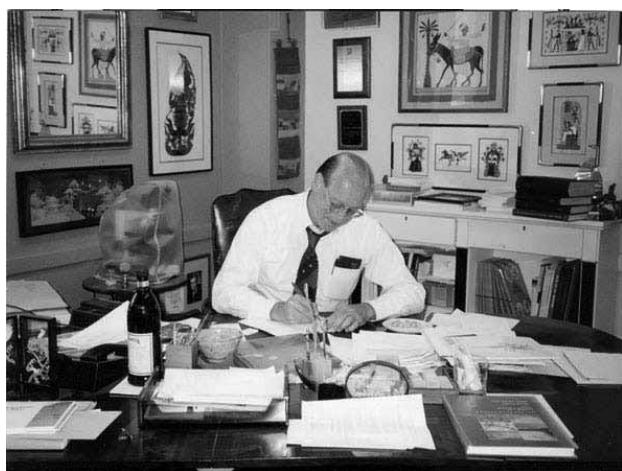
Durante la Conferencia Magistral en el XVI Coloquio Internacional de Dermatopatología celebrado en Cancún, México, en 1995, el Dr. Stephen Katz lo describió como “una leyenda en vida”. Y con toda razón, no sólo porque el nombre de Bernard Ackerman ha estado en boca de sus alumnos y los alumnos de ellos por décadas, sino porque incursionó en casi todos los aspectos de la dermatología y aportó conceptos que nos han permitido entender muchas enfermedades. No hay libro o revista de nuestra especialidad que no tenga que citar sus trabajos y sus contribuciones desde hace 40 años.

¿Por qué el doctor A. Bernard Ackerman logró tanto y de manera tan amplia? Fueron varios aspectos que se

conjuntaron de manera muy peculiar y afortunada, pero destacan dos. Primero, él poseía algo más que el común de los humanos, su cerebro tenía un “plus”, simplemente era genial y “veía más cosas” en la laminilla que la generalidad de los observadores. Segundo, Bernie tuvo acceso a los amplios recursos económicos que le brindó su padre. Él tenía plena conciencia de ambos factores y supo aprovecharlos con creces.

Pero también, Bernie nació y se educó en la región más afortunada del país más desarrollado y poderoso del planeta, asistió a sus mejores universidades y por si fuera poco tuvo la oportunidad de establecerse en la ciudad más importante de Estados Unidos y además desarrollarse profesionalmente en uno de los hospitales-escuela más influyentes del mundo: el Centro Médico de la Universidad de Nueva York, cuna de la prestigiada “escuela de Nueva York”. Nada más; así de relevante.

Es decir, se conjuntaron las fuerzas y los tiempos y Ackerman no tardó en crear “la Mecca” de la dermatología moderna en su Sección de Dermatopatología, la famosa “Suite 7J” (por ocupar el séptimo piso) del edificio Schwartz en ese Centro; y fue así porque además de todo lo mencionado él era un trabajador incansable, con una autodisciplina férrea. Su capacidad de trabajo, como su gusto por la enseñanza eran cualidades casi obsesivas en Bernie.



La versión completa de este artículo también está disponible en:
www.nietoeditores.com.mx

Su educación fue bien dirigida. De religión judía, creció en esa cultura, aunque no fue un practicante asiduo. Estudió literatura y religión durante el *College* en Princeton University y era un orgulloso “princetonian”. Le fascinaba jugar baloncesto pero su padre le hizo ver que el deporte no era suficiente. Ingresó entonces a estudiar medicina en Columbia University College of Physicians e hizo su año de internado en el Mount Sinai Hospital, ambos en la Ciudad de Nueva York; posteriormente inició la especialidad de dermatología en Columbia misma un año, en The University of Pennsylvania otro año y terminó en Harvard University (1968). Sus maestros fueron distinguidos médicos como el Dr. Carl Truman Nelson, su primer *Chairman*, por quien Bernie sentía una gran admiración, respeto y gratitud, le dedicó uno de sus libros: *Neoplasms with Follicular Differentiation*, 2001. Entre otras cosas, él platicaba: “no sólo porque auténticamente se ocupaba de sus pacientes y de sus residentes, sino por su excepcional caballerosidad y honestidad”.

Al finalizar su entrenamiento en dermatología estudió dermatopatología en Harvard (1969) con otra luminaria: el doctor Wallace H. Clark Jr. (1924-1998), quien se formó en Filadelfia como patólogo y luego se dedicó a la dermatología y a la dermatopatología en Boston (Harvard University). Las aportaciones de Clark también son inmensas y hasta la fecha no es posible hablar de melanoma sin recordar sus conceptos y al diagnosticar esta neoplasia los patólogos siempre identificamos y mencionamos los niveles de Clark.

El Dr. Ackerman inició su vida docente en The University of Miami School of Medicine como director de dermatopatología, en donde recibió la amistad y enseñanzas en patología general del famoso hematopatólogo Dr. Arkadi Rywlin y a los pocos años (1973) el Dr. Rudolf Baer, entonces *Chairman* del Departamento de Dermatología en New York University (NYU), lo invitó a dirigir la Sección de Dermatopatología, a la sazón un pequeño cuarto con algunas biopsias del mismo Departamento de Dermatología.

Bernie platicaba que el Dr. Baer solía decir a los administrativos: “what Bernie wants Bernie gets”. Con tales prerrogativas se dedicó de tiempo completo a trabajar la dermatopatología y en pocos años floreció física y productivamente al grado que tuvo que mudarse del *Skin and Cancer Pavilion* al edificio Schwartz, dentro del mismo Centro Médico (NYU), con más espacio, más alumnos y

más producción científica que el propio Departamento de Dermatología, del que dependía organizativamente. Pero parecía que el Departamento de Dermatología era parte del “7J”.

Allí escribió la mayor parte de sus libros y artículos y adiestró a la mayoría de sus alumnos; allí fundó en 1979 *The American Journal of Dermatopathology*, y la hizo una de las principales revistas del mundo por el impacto de sus publicaciones.

No obstante ser el profesor más idóneo, no llegó a ser *Chair* y 20 años después salió de NYU y fue a Filadelfia (1993) para fundar el *Institute for Dermatopathology* en el edificio Edison de *Thomas Jefferson University*; en donde continuó con su labor académica, fundó en 1995 otra muy educativa revista: *Dermatopathology Practical and Conceptual* y continuó escribiendo sus libros, publicados ya por su propia Compañía Editorial *Ardor Scribendi*.

En 1999 regresó a la ciudad de Nueva York para ser el director del *New York Skin & Cancer Institute* y creó la *Ackerman Academy of Dermatopathology* en asociación con la empresa Ameripath; cuya dirección dejó en 2004 en manos de su alumno Dr. Jeff Gotlieb y pasó a ser Director Emérito.

Un día de rutina con Bernie: el profesor Ackerman iniciaba el día poco antes de las 7 am con la lectura de los casos de consulta (*second opinions*), unos diez al día en promedio, provenientes de todo el mundo, los problemas diagnósticos más difíciles de la dermatopatología. Era preciso llegar a las 6 am o antes para aferrarse de un cabezal de su microscopio de 16 y no soltarlo en todo el día para poder ver con el maestro todos los casos. Tras unas dos horas y un descanso de 20 minutos venían los casos de rutina (*regular reading*), en promedio 500 por día y en ocasiones hasta mil, provenientes no sólo del Departamento de Dermatología sino de hospitales y consultorios de toda el área de Nueva York y otros estados. Ese fue y ha sido el laboratorio de dermatopatología más grande del mundo.



Algunos *senior fellows*, aquellos con más de seis meses, podíamos tomar unos 50 casos para estudiarlos en otro microscopio y regresar (en una hora) con el maestro Ackerman para revisar nuestros diagnósticos. Recuerdo vivamente sus muchos y educativos consejos al estudiar las laminillas, como: “*if what you see is different from what you read, forget what you read*”. A las 11 h había que ir a la Sesión Clínico-Patológica (con al menos 10 pacientes) al pabellón del Departamento de Dermatología y presentar los hallazgos histológicos; después de un breve alimento se regresaba al microscopio.

Usualmente a las 5 pm ya se había cumplido con dicha rutina y más o menos la mitad de los *fellows* se retiraba; quedábamos algunos trabajando con el profesor en los libros o artículos en que nos involucrábamos, o bien en sus numerosos trabajos y presentaciones, teníamos libre acceso a la biblioteca y a su impresionante acervo.

A las nueve o diez de la noche ya éramos sólo dos o tres trabajando con el Dr. Ackerman y para finalizar el día nos invitaba a cenar en algún buen lugar de Manhattan; cocina árabe, española o italiana, su favorita, en el *Gino's* de avenida *Lexington*.

El profesor Ackerman se llevaba a casa los manuscritos de nuestros trabajos, mismos que revisaba y corregía de 4 a 6 de la mañana y a las 7 h que llegaba nos entregaba a cada uno el manuscrito editado (y reeditado); cada trabajo era revisado minuciosamente por el maestro Ackerman al menos 15 veces antes de ser enviado a publicación. Las referencias, las fotografías clínicas y las microfotografías debían ser impecables también. Uno podía pasar horas en el fotomicroscopio hasta lograr lo mejor.

Mi maestro fue un investigador “*baconiano*”, eminentemente observacional, que generó una gran cantidad de información con sólo estudiar los cambios histopatológicos al microscopio; era auténticamente un inagotable generador de ideas que enseguida compartía con sus alumnos y en poco tiempo surgía un artículo original o un libro. Parecía que en su corteza cerebral hubiera una magnífica masa neuronal de “*ideopoyesis*”.

Los fines de semana y días festivos eran similares si Ackerman no estaba fuera de la ciudad; sólo que empezábamos a las 8 am y rara vez éramos más de tres. Algunos tuvimos la distinción de su confianza y una llave para ir a trabajar en esos días si él no estaba. Fue un privilegio poder pasar allí horas y horas observando al microscopio



y estudiando en su enorme colección con docenas de laminillas de cada enfermedad.

Fuera de NYU el Dr. Ackerman también fue un profesor entusiasta que atraía gran cantidad de alumnos a cursos y congresos; así mismo, el estímulo generado por el éxito de una reunión sobre dermatopatología en Europa provocó en Bernie la idea de fundar la *International Society of Dermatopathology* (ISDP) en 1979 con Edward Wilson-Jones, Helmut Kerl, Gérald Piérard, Manfred Goos, Jorge Sánchez y otras distinguidas personalidades. Fue su primer presidente (1979-1982) y con ella promovió más el estudio de la dermatopatología en el plano internacional para involucrar a los interesados y así surgieron los coloquios internacionales cada año, los cursos y simposios.

Con la ISDP Ackerman dio paso en 1979 a la creación del *American Journal of Dermatopathology*, siendo su primer Editor rápidamente fue indizada en los sistemas internacionales y pronto llegó a ser una de las diez revistas de mayor impacto y más leídas y referidas del mundo, como aún lo es, gracias no sólo a la cuidadosa selección de los trabajos sino a la pulcritud con que siempre se ha editado. También fue miembro del Consejo Editorial de las revistas *Cutis*, *Modern Pathology*, *Cancer*, *Archives of Dermatology* y *Actas de Dermatología & Dermatopatología*.

Bernie Ackerman también fue presidente de la *American Society of Dermatopathology* en 1984-1985 y de la *New York Dermatological Society* en 1988-1989. Miembro y parte del *Board of Directors* y del *Ethics Committee* de la *American Academy of Dermatology* (AAD). En 2004 fue distinguido con el título de *Master in Dermatology* y en 2007 Miembro Honorario de la propia AAD. También fue Miembro Honorario del Colegio Nacional de Dermatología (México) y de muchos otros colegios en diferentes países.

Distinciones bien merecidas, como los doctorados *Honoris Causa* que recibió por diversas universidades de Europa, siempre sobre bases académicas. Bernie aseguraba, y con toda razón, que uno no podía ser político y académico a la vez, frecuentemente reforzaba este convencimiento de manera coloquial: “*one can't be fat and slim, or white and black*”. En 1994 la revista tradicional e ícono de la dermatología estadounidense, *Archives of Dermatology*, lo calificó como “*The Foremost Educator in the Field*”.

El maestro Ackerman fue capaz de atraer a cientos (o miles) de estudiantes: una gran proporción de los dermatólogos estadounidenses en algún momento de su formación recibieron sus enseñanzas, la gran mayoría de los dermatopatólogos del planeta hemos sido sus alumnos directa o indirectamente, porque sus obras son lectura obligada y

sus criterios diagnósticos para muchísimas enfermedades son referencia precisa.

Cada vez que la historia de nuestra especialidad sea revisada, el nombre del Profesor Albert Bernard Ackerman ocupará un lugar de la mayor relevancia. Todo esto fue posible gracias no sólo a lo ya mencionado, sino también debido a otras cualidades como su extraordinario sentido del humor (que hacía de lo más agradable el trabajo) y a que Bernie fue un médico ético, dedicado y comprometido, un hombre estudioso y culto, un maestro sabio y un amigo extremadamente generoso y sensible.

Dr. Mario Magaña García
Hospital General de México-Facultad de Medicina, UNAM
Centro de Dermatología & Dermatopatología, México, DF
dermatopatologia@hotmail.com